

No. Legajo.

num. 27.

Disertacion literaria

pronunciada por D. Joaquin Roca y Cornet en la sesion que  
celebro la Academia de buenas letras de Barcelona en

24 Octubre de

1837.



1  
In vitium ducit culpis fuga si caret arte

De. Ilegall, núm. 27  
UC 658

Observaciones sobre el estado actual de la literatura,

He aquí un axioma tan innegable en el orden moral como lo es en el geométrico el principio de que el todo es igual al agregado de sus partes. Tan cierto es que el orden y la belleza expresión sensible de la virtud, según las ideas relativas comúnmente admitidas que de ellas tenemos, consisten en un cierto equilibrio entre dos extremos opuestos, un cierto tino en no dejarse fascinar por vanas y exageradas teorías, y un acierto, privilegio raro de algunas almas nobles y generosas, en escoger entre muchos medios los propios y exclusivos que conducen a la consecución de un objeto. Nuestro mismo modo de ser nos lleva a ese punto razonable por poco que reflexemos sobre nosotros mismos nuestros pensamientos. Constituidos entre los dos abismos de lo pasado y de lo futuro, nacidos en medio de los espacios, nuestra inteligencia no puede fijarse con seguridad sino en un corto número de objetos: no somos dueños sino de un momento, y aunque nuestra alma siente en sí mismo la capacidad de lo infinito, reconoce también el peligro inminente de desviarse demasiado del círculo a que le reducen sus funciones reales, y solo reserva su inmensa energía para abandonarse a lo indefinido de sus deseos y de sus esperanzas.



Siempre pues que impide su actividad en alejarse con  
exceso del mundo real en que está encerrada y como detenida  
ha de ser unicamente para espaciarse en la contempla-  
cion de su maravilloso destino. No puede salir de los  
arbitrios del universo sin volar al seno de su Autor eterno,  
identificarse con él, y anticipar, por algunos momentos,  
bien que imperfectamente el goce de aquella felicidad  
indefinible para la que se siente destinada. Mas cuan-  
do pretende aplicar esos recursos inmensos de gozar al  
rapido y mezquino placer de sus sensaciones materiales,  
resulta de esta aplicacion una desproporcion gigantesca  
que ofende a la exactitud de la razon, y a la delicia  
deza del buen gusto, ese sabor del alma que tan bien  
sabe distinguir las bellezas fisicas y morales cuando  
no esta mareada por la preocupacion, o por un faná-  
tico entusiasmo.

Estas consideraciones cuyo desarrollo no  
puede hacerse bien perceptible sino con la practica  
de los ejemplos han movido a fijarme con alguna  
determinacion sobre las causas que pueden haber influido  
en el estado en que vemos la literatura en Europa,  
sin prevencion alguna ni de siglos ni de escuelas,  
ni mentar aun sus nombres, porque estos a mas  
de ofrecer ideas vagas y sin definicion convenida,  
pueden ser un obstaculo de partido para la cues-  
tion misma que se quiere desentrañar.

Para entrar con alguna esperanza de resultado  
en el examen de las causas insinuadas se hace  
indispensable recordar no precisamente la historia  
minuciosa de la literatura, sino la de las opiniones



2 que la han dirigido. Lo primero ha sido desempeñado mas o' menos completamente por varios talentos, como fruto de un estudio profundo sobre los annales del saber humano. En estos vastos receptaculos de erudicion puede hallarse materia suficiente para formar la historia del gusto en todas las ciencias de la imaginacion a que se ha dado el nombre de artes no siempre con toda propiedad. La historia del gusto en literatura no seria pues mas que un examen filosofo y delicado sobre lo que ha constituido el merito principal de las producciones artisticas, segun la opinion dominante en cada siglo y en cada pais. Esta opinion ha debido sentir precisamente el influjo poderoso de las circunstancias, segun las cuales los hombres han dado mas o' menos valor a las producciones de su fantasia. Mas como la naturaleza es inmutable al fin de la razon, y tiene fijadas ciertas leyes invariables como ella misma de ahi es que estas mismas leyes pueden hasta cierto punto servir de medida para graduar el verdadero merito de sus imitaciones, (que no son otra cosa mas las artes de gusto) y este merito puede ser calificado con alguna exactitud, en razon de la mayor o' menor distancia o' disparidad entre las copias y su modelo.

Mas para aplicar esta regla a las obras literarias es menester hacerse cargo que la naturaleza puede ser imitada de varios modos, que la parte convencional modifica prodigiosamente el numero y el valor de estas imitaciones, que el gusto o sea



la facultad de percibir la belleza que en ellas senti-  
mos, pueden ser diferentes, y en cierto modo opuestos,  
sin ser estragados, que estos gustos para ser arreglados  
tampoco dependen absolutamente del capricho de la  
opinion por mas dominante que sea, y que el buen  
gusto aunque puede ser afectado por una variedad  
innumerable de maneras, no puede sin embargo  
afartarse de ciertas leyes inmutables como la mis-  
ma naturaleza, independiente del antojo y  
autoridad de los preceptistas, y que se hallan  
fuera del imperio de toda convencion humana.  
Observese sino como la opinion que ha dominado  
en varios siglos sobre materias literarias ha sido  
condenada por otros mas filosoficos y delicados, y que  
la literatura asi como la politica, la legislacion  
y todas las ciencias han sufrido las vicisitudes  
de la ilustracion del mismo modo el de las preo-  
cupaciones.

Aunque la palabra moda parezca  
algun tanto ligera para ser aplicada a las vicisitu-  
des del espiritu humano, es quizas la mas propia  
para expresar, en nuestro actual modo de hablar,  
el efecto del poder esclusivo de la opinion, prescin-  
diendo de los motivos que pueden determinarla. So-  
lo nuestro actual versabilidad en todas las materias,  
aun las mas importantes, puede justificar la apli-  
cacion de esta palabra a las alteraciones y mudan-  
zas del espiritu humano. ¿El tribunal de la moda  
en materias literarias, sera sin apelacion? Puede  
muy bien mostrar en sus fallos un care de irrevo-



3. cabilidad, que le es siempre propio, sin embargo, hay otro tribunal superior á él, que es el de la razón y del buen gusto al cual apelarán sin falta las edades futuras, sino lo hace ya la presente.

La moda pues, y permitásenos esta expresión ha dominado de hecho sobre la ciencia, sobre la literatura y sobre las artes, mas no siempre con igual razón. En cuanto á las ciencias, no podemos remontarnos mucho mas allá de los egipcios y en esta mania de la moda se fijó en la filosofía misteriosa y en la moral enigmática. Porción en efecto en el tortuoso laberinto de sí misma, y á fuerza de secretos llegó hasta hacerse inaccesible á la inteligencia. Recibieron de ella los griegos y disgustados de tanta incertitud, percibieron el enlace necesario de la razón con la filosofía, y prefirieron á aquel embrollo una filosofía razonada. Mas quisieron conocer la naturaleza de las cosas, investigar las causas de todo, sin advertir que muchas de estas no pueden estudiarse sino en sus efectos, y así en vez de observarlas quisieron adivinarlas y adivinaron mal. Platon fue quizás el unico que razonó con alguna exactitud, fuisó cementa á la moral, pero introdujo de tal modo la mania de alambicar las ideas, que esta se conservó en todos los escritos filosofos, hasta la destruccion del imperio de occidente. La moda de entonces fue el desdenar las ciencias que huian azoradas de la barbarie y la noche de la ignorancia cubió á la Europa casi enteramente hasta



hasta el siglo decimo cuarto en que la misma  
moda volvió a sentar Aristoteles en el trono  
de la filosofia. Sus discipulos fueron, por largo  
tiempo, como unos generales de exercito encarga-  
dos de conquistar por medio de sus opiniones  
los defensores mas intrepidos, que hallaron de  
todas clases. Florencia en el siglo decimoquan-  
to fue el teatro de sus primeros triunfos, y en el  
decimosexto se vio a la universidad de Paris  
acumular todos los trofeos de su siglo. Los par-  
lamentos y la justicia hicieron de ello un nego-  
cio de estado, motivo quizas de su caída, porque  
la moda no puede sufrir violencia, y se evita  
cuando se le presentan cadenas.

Cuando se observó que las palabras habian  
llamado mucho mas la atencion que las cosas,  
y que habian sido casi siempre olvidadas en  
todas las disputas la observacion y la experien-  
cia se fecho seriamente en volver otra vez  
a someter el raciocinio a la luz que avigila de  
si la naturaleza, caminando por una senda  
en que solo a la naturaleza debe estudiarse.  
Bacon y Descartes parecieron y todo mudó  
de aspecto en el imperio de los conocimientos  
humanos. Las ciencias naturales ocuparon la  
atencion de los mejores talentos, las matematicas,  
la fisica, la anatomia, la historia natural  
tomaron su vuelo a un mismo tiempo, y la  
certidumbre no fue admitida sino bajo la au-  
torcha de la experiencia. La moda de esuduarlo



4 todo, de querer conocerlo todo, de no admitir sino lo evidente produjo la duda sobre lo que parecia superior a la esfera de la inteligencia humana, y la moda de no creer nada debió suceder precisamente a la moda de examinarlo todo. El hombre llegó a no tener fe en el orden moral, en la sociedad, ni aun en sí mismo: llegó a dudar sino de su existencia, como los antiguos discípulos de Pirron a lo menos de su principio, de su objeto, de su destino. Todo para él fue objeto de duda, cesó de preguntarse a la naturaleza por su autor, desdichó los misterios del sepulcro y afegado únicamente a la triste materia a la que reducía todo el orden de los seres existentes ó posibles, se endormeció en un letargo estúpido como voluntario respondiendo a todas estas cuestiones, que se yo! El siglo decimo octavo fue tocado espicialmente de esta dolencia moral de la que le curó en parte la misma revolucion, y la moda que en el día le domina es la de las ciencias exactas, de la historia natural y sobre todo de la politica. Podremos acaso lisonjearnos de adivinar lo que sucederá en adelante? Igual era la reflexión que se hacia a sí mismo el baron de Grimm en su correspondencia literaria que presenta con frecuencia el combate de su razon contra sus devaneos filosoficos. "Al estudiar, dice las revoluciones de la naturaleza humana, se advierte que los instantes de luz que han sido estrechamente cortos, que pueden considerarse como el efecto de algun esfuerzo feliz y maravilloso de la naturaleza, y la obra de un numero muy reducido de hombres de genio, al punto contra



Dichos, calaminados, perseguidos, despues aprobados  
"adoptados, y aun engrandecidos y muchas veces  
"sin mas ni menos razones, pero casi siempre des-  
"figurados por los que se decian sus sectarios o sus dis-  
"cipulos. En este mundo todo tiene sus periodos, todo  
"es moda entre los hombres, y me temo que no ven-  
"ga un tiempo en que los terminos mas favoritos  
"de la filosofia moderna se consideren tan absurdos  
"como la gerigonza de la escuela peripatetica. Pa-  
"ra esto bastan el tiempo y comentadores, y tal-  
"vez nos hallamos menos distantes de esta epoca  
"de lo que pensamos. Entonces nuestra gravitacion,  
"nuestra atraccion, nuestras fuerzas centrifugas  
"y centripedas parecieran tan barbaras como las  
"quiddidades y entelequias de la filosofia escolastica  
"y el nombre de progreso que a cada paso se nos  
"escapa hacia el mismo papel que las facultades  
"ocultas. Entonces tocara a un nuevo Descartes el  
"aprovecharse de toda la abundancia de nuestra  
"gerigonza filosofica para desquiciarla de un  
"solo golpe!"

Mas, si las ciencias, que por su naturaleza  
estan menos sujetas al imperio de la moda o  
sea a la influencia de la opinion han sufrido  
tantas vicisitudes, que sera de la literatura, de ese  
agregado inmenso de creaciones intelectuales  
que la fantasia se cree autorizada con razon  
o sin ella para derivar a su antojo, y que unas  
veces eleva, otras degrada, ya hermosa y envidiosa.  
Sus primeras producciones tubieron el caracter



de una sencillez que era sublime, porque era la sencillez de la naturaleza y de una hermosura original: tales fueron el corazón y el pensamiento en su pureza primitiva: tal fue el genio sin el talento que lo vistiera; la naturaleza por sí sola junta con más viveza que entusiasmo: tal se presenta en los cuadros aislados de la edad primera la pintura de la felicidad que dan la inocencia de las costumbres y las virtudes domésticas: tales son la Biblia, Homero, Orfeo, Hesiodo. Estas bellezas son independientes de toda convención humana, están en la naturaleza de las cosas, y constituyen, si podemos llamarlo así, el estado natural de la poesía. Este carácter de sencillez original, esta expresión no estudiada de los sentimientos elevados y de los grandes pensamientos se transmitió por largo tiempo y se propagó en la memoria de los hombres, y el habla de los griegos poética en alto grado pareció conservar aun en la prosa el encanto de aquella armonía que daba alma y hermosura a todas las ideas. La moda distribuía coronas en los juegos olímpicos: las musas trágicas fueron objeto de sus favores, y la odiosa licencia que hizo perecer a Sócrates bajo el látigo satírico de Aristófanes fue tal vez la causa que los filósofos y los oradores se aprovecharan de aquellos resultados felices de que la poesía había hecho tan funesto uso. La inclinación de los griegos a las sutilezas metafísicas, puso entonces en boga aquella dialéctica cuyo maestro y dominador



absoluto fue el mismo Aristoteles, aquel genio tan profundo, tan sorprendente por la extension de sus conocimientos, y que en su vida habia hecho un solo verso.

Mientras que los Romanos enriquecidos con los despojos del oriente y del Asia cobraban gusto por las producciones de que se gloriaba la literatura, mientras que la proteccion y los elogios de los gefes del imperio hacian nacer obras maestras de poesia que forman todavia muestras deliciosas y han quedado como modelos de todos los siglos, la literatura griega se desvanecia en Occidente: no quedaba mas que una profesion a disputar sobre materias filosoficas, y cuestiones de escuela, la cual se propagó hasta el momento en que quovrezos ignorantes se apoderaron de Bizancio defendida unicamente por el escolasticismo.

El Petrarca volvio la reputacion a los buenos estudios, y fue moda la erudicion. La imprenta no existia aun, mas por los cuidados de aquel celebre italiano se multiplicaron maravillosamente los preciosos manuscritos, su zelo y sus investigaciones dieron publicidad a los mas bellos descubrimientos literarios de la antigüedad sepultados bajo los escombros de la barbarie, al modo que las hermosas estatuas griegas por largo tiempo sepultadas en el suelo mismo que las habia sostenido. Nuevas costumbres y usos, circunstancias diferentes, gobiernos mas pacificos, monarcas mas ilustrados contribuyeron a formar otros talentos



6. y dieron al mundo literario hombres tan celebres como el Dante, Boccaccio el Tasso y Ariosto.

La Francia destruida por sus divisiones intestinas y la ambicion de sus enemigos se acordaba apenas que habia tenido una academia bajo el imperio de Carlomagno, y una universidad en el de Luis nono. Pasaba entonces por moda el no saber de leer, y cuando se aprendió de nuevo, la moda fue la de destruirse mutuamente por opiniones. Parecio despues Malherbes cuyos sucesores dieron a la Francia poetas cuyo genio adquirió celebridad en el teatro. Entretanto la Europa literaria estaba dividida en dos mitades. La antigua Germania inaccessible al influjo del genio romano creaba una poesia peculiar, abusa a la imaginacion un campo virgen todavia, cuyos primeros escasos y aun groseros se se quere preparaban una revolucion en el ingenio y aquel caracter de literatura que habia de dividir las dos grandes epocas de los auales literarios del mundo. La ardiente fantasia de los arabes mas caprichosa todavia cooperaba en el oriente a la mudanza de gusto en las producciones ideales y conspiraba, aunque por diverso medio al proprio cambio. Los pueblos del mediodia seguian tambien a medias las huellas de la antigua Grecia a quien Roma no hizo mas que imitar y pulir. Desde que España dijo de ser provincia del imperio Romano por la invacion de los septentrionales, hasta que el trono de los godos fue hundida



por la inundacion serracena no ofrece nuestra historia patria idea alguna fija de literatura, aunque si la ofrece de virtudes severas y de usada legislacion. Los arabes, pues transportados como por encanto a esta deliciosa region del medio dia llevaron despues de las cadenas que de la guerra los placete que nacen de la paz. En medio de los desertos del Auiay del Africa, como dice Florian bajo las tiendas de los beduinos se juntan todas las tardes para contar una historia amorosa. En el silencio la escuchan, la siguen con interes en todos sus lances, y lloran por los dos amantes cuyas aventuras se acababan de oir. Unid a esto el gusto de la musica y del canto los sucesos de la guerra y del amor, las conquistas de la espada y las del corazon que tan bien saben hermanarse, y hallareis el origen de tantos romances espanoles, traducidos o imitados del arabe, y que en expresion del Señor Saavedra es nuestra literatura nacional que conservó España hasta fines del siglo decimoctavo.

Asi pues tenemos que el origen de las tres literaturas, (permítame esta expresion) o de los tres gustos literarios que se han dividido el mundo, es la pura y sencilla naturaliza, y segun esta observacion apareceria muy ridiculas las rivalidades que algunos talentos mezquinos y superficiales han querido suprima entre hermanas de una misma madre



que se saludan con atavios distintos. En los desiertos  
del Asia nació la primera poesía del mundo.  
Aquellas pastoras patriarcales de tantas genera-  
ciones recibieron en el desierto las primeras ins-  
piraciones del cielo. Los corales más errantes  
todavía aprendieron en el desierto las inspiraciones  
del genio, y llevados a naciones más toscas que  
ellos, aunque corrigidos después, dejaron impre-  
sas las huellas del gusto oriental. Y bajo el  
cielo brillante de los griegos sirvió también la  
desnuda naturaleza de modelo a los prime-  
ros cantos de los pelargos. Sencillos y magníficos  
en sus cuadros, vehementes y trágicos en sus  
pasiones, aquellos tres pueblos pastores de la  
civilización del mundo, presentaron en su in-  
fancia unos mismos rasgos, unos caracteres se-  
mejantes, aunque en épocas distintas. Moisés y  
Homero se parecen en sus bellezas sublimes,  
copias inalteradas de la naturaleza, y los cuentos  
orientales primitivos respiran en su narración  
un candor y una sensibilidad muy parecida  
a la de nuestros libros santos. Mas el genio hebreo  
conservó su vigor hasta los últimos suspiros  
del pueblo cautivo, al paso que la civilización  
de los griegos alteró algún tanto la sencillez  
primitiva bien que con formas siempre bellas.  
El arte quiso dirigirse a la naturaleza, mas no  
en todo la mejoró. Las columnas de su architec-  
tura graciosas como las palmas de Corinto anun-  
ciaban un pueblo predilecto de la naturaleza.



A través de algunos siglos quiso seguirlos la civilización romana, pero el modelo quedó siempre superior a su bellísima copia. Un hombre solo, Horacio probó levantar el vuelo sobre Pintura, y no se sabe si por su genio o por su filosofía logró ser más admirado que él en los siglos venideros.

Desde estas épocas lejanas, que no he hecho sino indicar, la imitación de lo bello ha debido seguir todas las vicisitudes de los siglos, y volviendo a nuestro periodo, los cuentos de los pueblos orientales tan sencillos al principio debieron participar de las prescripciones, conquistas, mudanzas y leyes que en ellos se sucedieron. Mezclase por ejemplo en España la galantería delicada y sentimental de los moros de Granada con la ferocidad natural de los pueblos africanos. He aquí un contraste singular, exclama el autor del Zouzalo. Estos mismos musulmanes que en los combates cifraban su gloria en hacer saltar diestramente las cabezas con que adornaban el sillón de su caballo, o las puertas de sus palacios, estos guerreros inquietos, indormitos, siempre pronto a rebelarse contra sus reyes, a deponerlos, a degollarlos, eran los amantes más tiernos, los más sumisos, los más apasionados. Sus mujeres aunque poco menos que esclavas, cuando eran amadas con pasión pasaban a soberanas absolutas, a divinidades supremas para el corazón que tenían rendido. Para complacerlas buscaban la gloria, para brillar a sus ojos prodigaban sus tesoros y su vida,



para complacerlas rivalizaban en la magnificen-  
cia de sus fiestas. Esta mezcla extraordinaria  
de dulzura y de crueldad, de delicadeza y de  
barbarie, esta fision indomable de manifestar  
el mas bravo y el mas constante, pregunta  
Flouan, ¿venia a los moros o de los Españoles? o  
estos la tomaron de los moros. No se atreva a decidirlo,  
Nota sin embargo que un tal caracter no exis-  
tio jamas en Asia prouta primitiva de los arabes  
y se halla menos aun en Africa, cuyos pueblos  
salidos apenas de España perdieron hasta el  
ultimo vestigio de aquellas costumbres amables  
y caballerescas, y concluye sospechando con alguna  
razon que los moros lo debieron a los Españoles. Fun-  
dalo en que antes de la invasion de los moros la  
corte de los reyes godos ofrecia ya de este contraste  
algunos ejemplos y despues de aquella epoca  
venimos a los principes y a los caballeros de Leon,  
de Navarra y de Castilla tan famosos tan famo-  
sos por sus amores como por sus hazañas. El solo  
nombre del Cid recuerda a la vez ideas grandes  
de ternura y de valor, y aun despues de la expul-  
sion de los moros, los Españoles han conservado  
por largo tiempo una reputacion de galante-  
ria muy superior a la de los franceses, y cuyo  
germen, destruido en el dia en todas las naciones  
modernas, subsiste en España todavia.

Las guerras continuas entre principes y  
pueblos, entre fieles e infieles, la empresa gigan-



testa de las cruzadas, el sistema feudal, y el caracter ya sombio, ya descubierto pero siempre galante de los caballeros que fundaban por decirlo asi un pueblo nuevo, fomentaron de tal modo en el medio de Europa la pasion a los cuentos y fabulas caballerescas, que alejandose este genero de invenciones de su sencillez y veridad primitiva fueron degenerando en un extravio ridiculo de la imaginacion, logrando hechizar mas los animos de la multitud, a medida que se iban acercando a lo portentoso y a lo increíble." La galanteria entusiasta de los castellanos y de los arabes, dice la Harpe al investigar la causa de tan monstruosas exageraciones, las pasiones exaltadas, los paladines invencibles que disponian del destino de los reyes y de los imperios, todas aquellas ideas tan ajenas a la naturaleza como a la verosimilitud dominaban en la literatura europea, cuando el poder español daba el tono a la Europa, haciendo adoptar sus trages, sus fiestas y sus torneos. tan cierta es que la historia del gusto corre siempre pareja con la de las costumbres! Preciso es añadir, continua el mismo critico, para disculpar hasta cierto punto la extravagancia de semejantes invenciones que estas, como en todos los errores sucede estaban fundadas originariamente en un fondo de verdad. La pasion del amor en los pueblos asiaticos y meridionales habia llegado a un



punto de entusiasmo que el espíritu caballeresco de los  
pueblos occidentales habia imitado sin poder igualar,  
y con los esfuerzos que hacia para sobrepujarle  
la ambiciosa imaginacion de nuestros romances,  
debian estos por precision tocar al extremo de la  
mas extravagante delirante extravagancia. A ris-  
ta de las proezas de Dugllesclim en España y de  
Varric en Inglaterra, ambos destruyendo tronos  
y volviendolos a poner, cuando los reyes sin gran-  
des ejercitos y grandes trenes de artilleria defendian  
casi del todo del ascendiente de un hombre, o de los  
golpes de la fortuna, como debia escultarse la  
imaginacion para faltar heroes! tan famosas  
ejemplos parecian dar algun fundamento a la su-  
posicion de aquellas aventuras, a los que representa-  
ban muchos romances haciendo y deshaciendo reyes,  
pero con circunstancias demasiado distantes de toda  
aparencia de razon."

Mas desde que el talento mas agudo y ori-  
ginal que admiraba el mundo crio por tierra con-  
estas degradantes demasias del ingenio, cayo aquel  
coloso que tenia como encadenado el gusto. Y aunque  
de pronto no substituyó a aquella desacreditada  
literatura otra de nueva, empezaron a ser estudiadas  
en el siglo decimosexto los buenos modelos que la  
civilizacion cristiana habia salvado del naufragio.  
Nuestra poesia pues, como hace notar muy oportu-  
namente el estimable autor del *Moro español*, fue  
hija de la italiana, y oriunda de la latina, pero  
los talentos ilustres que la cultivaron, aunque bellisi-



mos en lenguaje y afectos, fueron reducidos en ideas y  
poco originales por poco abreviados. El capriccioso Garcilaso  
el nervioso Herrera, el filosófico Vega y el suavísimo  
Lion, son un ejemplo entre otros, de esta verdad. Talentes  
sublimes, genios capaces de abrir mil nuevas sendas a  
sus sucesores, no ataron de seguir muchos de sus modelos.  
Supieron con demasiada docilidad se imaginacion ar-  
diente y fluida a la ley de la imitacion, y hasta al  
yugo de las traducciones. Sin embargo al través  
de tan modesta timidez descubren sin pensarlo  
la originalidad irragotable de su sentimiento, que  
avergonzaba muchas veces a sus mismos modelos.

La exageracion, pues fue el escollo en que  
se estrelló la primitiva literatura española, tan  
bella, tan armoniosa, tan seductora, pero cuyos  
extravíos fomentados por la debilidad de pueblos  
credulos y poco cultos la desvirtuaron de su verdadera  
senda, la desfiguraron en su objeto que era purificar  
con colores naturales y enérgicos el verdadero ca-  
racter nacional. Este error fue sin duda el que  
retrajo a los ingenios posteriores de entregarse  
al cultivo de la literatura que habia renacido  
con la independencia española, y mirar solo  
a los antiguos modelos como tipos primordiales  
del gusto, y no como a conductores únicos y necesarios.  
Sin embargo chispearon en las producciones immor-  
tales de Calderon y de Gongora algunas centellas  
de aquel genio nacional, que a pesar de sus  
imperfecciones dio la ley a la Europa literaria,  
y al que no pudo resistir la misma Italia, aunque



heredera de todas las bellezas del mundo antiguo.

Resulta de todo lo dicho que si se medita con alguna detención la historia de la literatura, comprendiendo bajo esta palabra todo lo que puede servir de placer en las creaciones literarias se conocerá que su fondo no ha mudado sustancialmente, y que la diversidad de sus formas o atavios es consecuente al amor a la novedad uno de los principios del gusto en el espíritu humano. Conocerá que el mejor pintor es el que pinta su siglo, pero no su siglo como se ofrece a la vista limitada del vulgo, sino como reflejado en los siglos anteriores, presentando sus gustos, sus creencias o sus caprichos en los que le precedieron. Cervantes y Moliere representaron los hombres mismos con quienes ellos trataban, pero para dar interés a esta pintura se requiere mucha mayor originalidad de ingenio, porque lo mas comun es el delinear los hombres que son en los hombres que pasan. Convencido de estas verdades, deshechará como despreciable este oficio de inventar generos nuevos, cuando no lo son sino en la forma, dandoles una preferencia tan exclusiva que manifiesta desde luego la limitacion de un talento. Reconocerá la ridiculez apuntada por Boileau y antes de él sancionada por la razón de que no hay genero alguno malo sino el fastidioso; que este fastidio nace de los defectos, y que estos se encuentran indefectiblemente cuando se han sustituido bellezas ficticias a las bellezas naturales, cuando por sobremos ofuscos se ha



violentado el poder de la imaginacion, estrechandola demasiado con vinculos arbitrarios, o se le ha concedido un vuelo ilimitado que la hiciera perder mas alla de la esfera de lo verosimil y de lo razonable; cuando sus producciones han sido vestidas de un lenguaje que participaba de los vicios dominantes del siglo en obras materiales, como por ejemplo en el siglo de Gongora, en que el culto mismo literario parece queria imitar las intenciones sutiles del Peripato; cuando en fin los talentos medianos desvirtuando el camino por aquellas sendas seguidas con gloria por otros ingenios superiores, no han querido hacerse originales imitando por roalome de la expresion de un celebre critico, y han aspirado temerariamente a una originalidad quimica que los ha ridiculizado, pretendiendo alivarse sin ayuda a la misma altura de aquellos genios extraordinarios que supieron sin perderse seguir una senda no conocida.

Y en aun, si bien se advierte, estos hombres celebres que han dado su nombre al siglo han sido tan absolutamente originales como se dice, ni se han apartado tanto de las sendas conocidas, como lo sospechan aquellos que antes los admiraban que los estimaban. Han sacudido del polvo los anales de los pueblos, y han vestido con galas modernas historias que nadie conocia. Parece llamar la atencion de un siglo rebelde e indiferente se han visto precisados a dar a sus cuadros coloridos fuertes y brillantes, rayos



inéditos de una novedad sorprendente, han renovado  
bien que con gusto y elección, por lo general aquellas  
creencias de siglos mas tocos como vestiglos, brujas  
apareaciones, huesos reanimados, espectros y fantas-  
mas, que si bien dan mucho que reir a la severidad  
filosofica son la expresion sensible de pueblos  
credulos y entusiastas colocados por decirlo asi en  
un termino medio entre la oscuridad mitologica  
y la civilizacion cristiana han cedido a las pasiones,  
aquel temple volcanico que entorea y crebata al  
hombre en la edad. honora de las ilusiones, y  
han formado de todo este conjunto un mundo  
ideal, que caracterizara para siempre de un  
modo particular el siglo en que vivimos.

Mas los secretos de esta magica seductora  
estan reservados al talento y a la filosofia, y una  
multitud de ingenios que homineaban hambien-  
tos de figurar en el mundo literario y deslumbrados  
por el bullo de tantos hechiceros cuacros se han  
llegado a persuadir que el efecto de estas producciones  
modernas era el sacudir todas las trabas del  
arte, prescindir de todas las reglas de la razon  
debocar la imaginacion como un caballo sin  
freno, amontonar fantasmas sobre fantasmas  
esagerar las pasiones hasta un punto inconce-  
bible, y sobre todo despreciar con todo el orgullo  
de la necesidad mas estufada aquellas obras  
maestras del cuyo merito ha sobrevivido a todas  
las vicisitudes de los siglos.

Hablando enfino con imparcialidad:



la falta de bellas copias de aquellos modelos puede haber influido algun tanto en la marcada certificacion con que son mirados, mas esto no disculpa la ignorancia de aquellos que se atreven a llamarlos insufi- dos, como hemos visto mas de una vez. Cuando se oye tachar de insuficiente a toda la cultura antigua a un escritor novel que no la conoce, parece que la sombra respectable de aquellos grandes hombres que atravesaba con magestad todos los siglos resulta al pasar en el polvo a ser figuras despreciables.

Las formas primitivas fueron mas sencillas porque los adelantos en todo genero no habian complicado las situaciones sociales. Entonces nacieron la ecloga y el apologo, y las guerras de pueblos firos mas que cazadores, su valor feroz, y sus pasiones ardientes dieron origen a la epopoeya. Las guerras y los amores tan antiguos como el mundo dieron margen a las inspiraciones refen- tinas que el hombre no entusiasmado no supo reparar del canto y de la lira. Los vicios de la sociedad hicieron producir la satira, la cual con impudencia llego a representar al vivo y escarnecer las personas. He aqui el origen natural de todas las producciones de la imaginacion, y a las que pueden reducirse todas las que hemos visto en la antiguedad y vemos en el dia. Siglos tranquilos, paises apacibles han cantado la vida inocente y pacifica. Epocas tumultuosas han preferido los cuentos de la guerra.



La religion de cada pueblo influyó mas que todo en estas preferencias. La mitologia grotesca de los chinos, la extravagante de los indios, la voluptuosa de los griegos, la sombria y fantástica de los escandinavos, la sanguinaria de los pueblos de America dio formas diversas a esta imitacion por imitacion de la naturaleza moral y fisica, y fijó los generos favoritos. En todas estas diversas mitologias alestadas de ridiculos y orrores debió tener lugar la exageracion. El cristianismo como a religion de veridad debió dar un curso majestuoso y sublime a todos los placeres, hasta al de la imaginacion. Conservó el buen gusto que habia inspirado al hombre la culta filosofia, ennobleció las pasiones del corazon, desalojó de la naturaleza divinidades ridiculas, la llenó de la Magestad de Dios, y volvió como dice un escritor celebre al desierto su inmensidad. Ennoblecio las pasiones, renovó el mundo moral, y ensancho indefinidamente los limites de lo bello y de lo sublime en el sentimiento como en la imaginacion.

La moderna filosofia invoca a la faz del siglo a la Religion que preside a la civilizacion cristiana. Los grandes ingenios modernos se han aprovechado de ella para sustituirla al carcomido prohibeismo en todas las obras del ingenio. Algunos malos imitadores abusan lastimosamente de este recurso inagotable que abraza toda la historia del hombre y de los



tiempos, y perdiendo en su oscuro laberinto de  
esfrases confusas, olvidando el verdadero  
valor de las voces y hasta el genio de nuestra  
lengua acunan palabras creyendo crear imagi-  
nes, cortan clausulas creyendo dar energia al  
pensamiento, mezclan nombres, abusan de la  
religion como de la mitologia, y substituyen a la  
monotonia enfalagora de los sencillos imita-  
dores de la antigua escuela, la monotonia to-  
cava mas fastidiosa de un ininteligible len-  
guaje. Asi desacreditan por ignorancia y por  
presuncion un genio nuevo en sus formas, ca-  
racteristico de nuestro siglo, y tan bello e inago-  
table que si se cultivara como debe, bien pronto  
pasaria de una revalidad literaria entre los  
siglos antiguos y los modernos, a una superio-  
ridad decidida, porque reuniria el buen gust-  
to hijo inmediato de la naturaleza y los ade-  
lantos de la civilizacion cristiana.